

RESEÑA DE / REVIEW OF: Ladero Quesada, Miguel Ángel: *Los últimos años de Fernando el Católico, 1505-1517*, Dykinson, Madrid, 2019, segunda edición revisada, 336 págs. ISBN: 978-84-1324-375-7.

POR

JUAN M. CARRETERO ZAMORA¹

Universidad Complutense de Madrid

Con ocasión del quinto centenario del nacimiento de Carlos V la revista *Studia Historica. Historia moderna* editó un número monográfico bajo el título de *Tiempo de Penumbra*. En su presentación se aludía al doble sentido del término «penumbra»: penumbra por unos tiempos históricos recios, de crisis política, pero también de penumbra historiográfica. No obstante, en tan solo dos décadas (pese a que los «tiempos» historiográficos suelen estar definidos por la lentitud) seguir suscribiendo lo dicho entonces asemejaría a lamentarse ante un sepulcro hoy felizmente vacío. En efecto, la renovación historiográfica y el incremento del conocimiento acerca del periodo 1504-1519 ha sido intensísimo en los últimos años, y más en concreto en los ámbitos de la hacienda y de la historia política castellanas. Con frecuencia de la mano de un referente historiográfico: la obra del profesor Ladero Quesada, bien a través de sus discípulos y de sus tesis doctorales y monografías, bien de manera directa con sus investigaciones personales. Quizá dos estudios sintetizan lo dicho: las monografías sobre los tesoreros Nuño de Gumiel y Francisco de Vargas y, más en particular, el estudio sobre Fernando el Católico, que es el objeto de presente comentario.

Como subraya el autor, *Los últimos años de Fernando el Católico (1505-1517)* es un estudio de historia política en torno a la figura y obra del Rey Católico en el último decenio de su vida. Pero no se trata de una mera biografía contextualizada, sino de una amplísima reflexión en torno a una época hasta ahora poco conocida y, sobre todo, decisiva en la conformación de España como realidad histórica; esto es, anticipando conclusiones obviamente muy personales, entre 1505 y 1517 Fernando el Católico (y su mejor testamento político el cardenal Cisneros) edificó un proyecto de España, enseguida modificado por los intereses de una dinastía extraña a los españoles, esto es, por Carlos de Gante y los intereses de la familia Borgoña-Habsburgo.

Es cierto que la historia política tiene «sus servidumbres»; pero en mi opinión no es preciso que los historiadores del relato político deban subrayar las limitaciones de este tipo de hacer la historia y, menos aún, efectuar un

mea culpa. Todas las metodologías y formas de «construir-reconstruir» los hechos históricos tienen sus ventajas, pero también sus servidumbres y limitaciones; y me atrevería a afirmar que sin excepción alguna. Todo esto viene a cuento de las propias reflexiones que efectúa el autor. Siempre en mi opinión, la historia política no es mejor ni peor que las propuestas más novedosas de la historiografía; la historia política se defiende a sí misma cuando —como es este caso— es buena en sus planteamientos y excelente en sus resultados.

Y ello nos lleva a una primera consideración acerca de la estructura básica del estudio. Considero, ante todo, que el criterio cronológico adoptado es el más adecuado para que el lector —en principio no especialista, aunque sí avisado y culto— se acerque y comprenda un periodo de nuestra historia que, en principio, no es fácil ni de analizar ni de exponer, porque, aunque el conocimiento del periodo analizado (1505-1517) ha avanzado en los últimos años, aún queda buen margen para la investigación y aumento general del conocimiento. No obstante, no es necesario insistir en que el autor es, ante todo, un investigador que desde el inicio de su vida profesional se ha apoyado en las fuentes básicas de archivo; viniendo a confirmar lo que para muchos es evidente: que la pretendida inferioridad de los historiadores «de archivo» frente a los de «visiones geniales de conjunto» no es sino una quimera vacía o un pretexto para no mancharse las manos con el polvo de los archivos; porque trabajar sobre la documentación original no siempre es fácil. Esta obra, como otras muchas, del profesor Ladero confirma que una buena investigación de base constituye la mejor peana para sostener un buen libro tan útil para el historiador profesional como para el lector exigente. Porque al final es un problema de calidad y de credibilidad de lo que se escribe y de quien lo escribe. En efecto, el libro analiza y expone con claridad los hechos políticos esenciales de este Fernando el Católico tan postrero como indispensable, pero además se encuentra trufado de mapas y, sobre todo, de cuadros que aportan un plus al relato (casi todos, fruto de las investigaciones personales del autor).

Y ello me conduce a una última consideración de esta primera parte del análisis del libro. El estudio carece de notas a pie de página, lo que en mi opinión constituye una

¹ jmcarret@ucm.es / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-0164-6009>

opción muy positiva: agiliza la lectura y no rompe el ritmo expositivo, sobre todo ante las exigencias de lectores cultos, pero no profesionales. No obstante, al final del estudio constan un total de 651 notas y aclaraciones, que vienen a constituir por su contenido una especie de segundo libro dedicado a los especialistas, con infinidad de informaciones complementarias, reflexiones personales del autor y, más en concreto, un repertorio de fuentes y bibliografía situadas en su preciso contexto narrativo. Esto es, el libro de Ladero —casi con técnica cortaziana— nos propone dos tipos de lectura: un relato lineal que concluiría en la página 251 y otra versión más técnica combinando esta lectura básica con las consideraciones contenidas entre las páginas 265-336.

Más en concreto, el estudio consta de seis capítulos y unas reflexiones finales. Vayamos por partes y analicemos el contenido del libro. El capítulo primero («Panorama a comienzos del siglo XVI») constituye en realidad una introducción necesaria para comprender el relato político iniciado con el fallecimiento de Isabel la Católica en las postrimerías de 1504. En definitiva, es una presentación de cómo eran los reinos y las estructuras básicas (sociales, económicas e institucionales) de la Corona de Castilla a comienzos del siglo XVI. Unos reinos que a diferencia de los aragoneses tendieron a favorecer el ejercicio del poder a una monarquía bien asentada desde las Cortes de Toledo de 1480 y que alcanzó su cénit en 1492. Siempre sin perder de vista las enormes potencialidades castellanas en los ámbitos demográficos, económicos e institucionales (singularmente hacendísticos y financieros) frente a los resabios de las instituciones aragonesas (parapetadas tras las Cortes y las autonomías concejiles y señoriales). Son muy esclarecedoras las páginas dedicadas a las Indias en el periodo inicial de 1499 a 1506 y, más en concreto, al papel de la Casa de la Contratación (aspecto que bien conoce el autor).

El capítulo segundo («Esperando a la reina Juana, 1505-1506») constituye una muy clarificadora versión del problema de base de la crisis sucesoria tras el fallecimiento de Isabel la Católica. Parte de la idea, en mi opinión acertada, de remontar la crisis a la muerte del primogénito don Juan en otoño de 1497 y al fallecimiento de los sucesivos sucesores (doña Isabel y su hijo Miguel), concluyendo con la trascendental importancia política del contenido del testamento y codicilo de Isabel la Católica: la reina propietaria sería en cualquier situación su hija Juana, reservando un papel político decisivo a Fernando el Católico como gobernador y administrador de los reinos castellanos. Todo ello confirmado por las Cortes reunidas en Toro a comienzos de 1505, cuyas resoluciones solo pudieron alterarse entre 1516 y 1518 con un coste político enorme para Carlos I. El capítulo sintetiza los desencuentros y forzados acuerdos entre Felipe de Habsburgo y el Rey Católico. Las Cortes de Valladolid de 1506, en sus conclusiones, anticiparon entre otros el problema de la educación del futuro Carlos I y el papel del infante don Fernando. A través de la contabilidad de contador Nuño de Gumiel, Ladero nos describe con enorme precisión tanto los aspectos políticos como financieros de una corte tan poco austera como lo fue la de Felipe I, en contraste con la de los Reyes Católicos (los comuneros se lo recordaron a Carlos I en su protesta de 1520). El 25 de septiembre de

1506 Felipe I fallecía en Burgos y la reina Juana no podía ejercer el poder.

En el capítulo «De la muerte de Felipe I al retorno de Fernando V (1507-1508)» se nos presenta el análisis de un periodo hasta no hace mucho escasamente conocido. Ante las expectativas de no pocos nobles de aprovechar la inestabilidad política, dos hombres de Estado surgieron en ese momento: Fernando el Católico y el arzobispo Jiménez de Cisneros. Fue un periodo tanto de tensiones políticas como de penurias económicas que se prolongaron hasta 1507-1508. Era, pues, imprescindible el retorno de Fernando el Católico desde Nápoles y asumir la gobernación de Castilla. El Rey Católico supo de la muerte de su yerno en Portofino el 6 de octubre de 1506; bien informado de los acontecimientos castellanos, Fernando el Católico reorganizó Nápoles y optimizó el sistema hacendístico. A su vuelta a Castilla en junio de 1507 consolidó su situación política en los asuntos castellanos («con santidad y templanza» como aconsejara un cronista tan poco cortesano como Gonzalo de Ayora). Fue un periodo de enorme densidad política: los problemas inquisitoriales, la pacificación de los reinos y, como precisa el autor, la «reorganización de los recursos del poder», esto es, hombres de confianza, buena hacienda y optimización de los recursos militares.

El periodo de 1509-1512 lo define Ladero como de apogeo (capítulo 4: «Apogeo del gobierno fernandino, 1509-1512»); en efecto, la política del Rey Católico se identificó con el éxito en las relaciones internacionales, en los asuntos de África, Italia e Indias y, como corolario la conquista del reino de Navarra. Antes, al comienzo del capítulo, unas breves líneas, pero importantes, dedicadas a la relación familiar del Rey Católico y su nieto el infante Fernando, así como a un proyecto imposible que había podido transformar la historia de España, pero, como subraya Ladero, «se impuso la razón de dinastía, que venía a ser ya una forma de razón de Estado». Páginas dedicadas a la Liga de Cambray de 1508-1509 (Italia, el papa Julio II della Rovere y Maximiliano I, esto es, el control del gobierno de Castilla y el futuro de Carlos de Gante), la campaña de Orán de 1509 (esencial en los planes geoestratégicos castellanos), la Concordia de Blois de 1509 (que racionalizó las tensiones con Maximiliano I y clarificó tanto la posición del Rey Católico como los derechos sucesorios de su nieto Carlos), «triumfos y fracasos en África» (1510), la búsqueda de la estabilidad en Italia siempre con un objetivo preciso: el mantenimiento del reino de Nápoles. Y Navarra, un asunto que se remontaba a mediados del siglo XV y de compleja solución política, pese a los derechos que poseía la reina Germana, esposa de Fernando el Católico. Ante los acuerdos de navarros y franceses, las tropas castellanas ocuparon con enorme facilidad todo el reino, aunque el coste financiero de las operaciones no fue precisamente menor. Tras la legitimidad de la conquista vino la incorporación basada en el respeto a la personalidad navarra y a la prudencia y firmeza de la acción de gobierno. El capítulo concluye con el estudio de la situación de las Indias entre 1507 y 1513, esto es, con la época de nuevas exploraciones, el Patronato Regio sobre la Iglesia de Indias, el gobierno de Diego Colón en La Española y el conflicto de los «repartimientos» de indios que condujeron a las Leyes de Burgos (1512) que, sin solucionar los problemas de fondo de

la situación real de los indios, supusieron una reflexión poco frecuente en las experiencias coloniales.

En 1513 el Rey Católico contaba con 61 años, una edad más que notable para la época; era en realidad un anciano. Ladero lo significa en el título del capítulo quinto: «La ancianidad del rey, 1513-1515». Y la búsqueda de un varón sucesor que, entre rumores, «potajes y jarabes» y otros remedios virilizantes incompatibles con la ancianidad, condujeron al monarca a la pérdida de la salud; ello no impidió su clarividencia de hombre de Estado: el futuro de la monarquía pasaba por su integridad territorial. Fue una época además de una política exterior densa en el siempre difícil equilibrio con la Francia de Luis XII y Francisco I, con el emperador Maximiliano y con Enrique VIII de Inglaterra, así como con el objetivo irrenunciable de la defensa de Nápoles y el control turco en el Mediterráneo. En otoño de 1515, tras celebrar Cortes en Burgos, el monarca inició su último viaje hacia Extremadura. Ladero describe con enorme minuciosidad los últimos actos del Rey Católico, singularmente en el análisis del testamento que el monarca suscribió en Madrigalejo el 22 de enero de 1516, un día antes de su fallecimiento.

El libro concluye con una visión sintética de los acontecimientos inmediatos a la desaparición de Fernando el Católico, bajo el sugestivo título de «Fin de una época, 1516-1517». En efecto, fue el fin de una época y, quizá, el fin de un proyecto político pronto obviado por la corte de Bruselas que, no casualmente, aprovechó los funerales en Santa Gúdula en recuerdo por el Rey Católico para proclamar a Carlos I como nuevo monarca de Castilla: un buen funeral y una no menor proclamación. Son asimismo interesantes las páginas dedicadas a Cisneros, a su política y los innumerables retos que antecedieron a la llegada de Carlos I a sus reinos hispánicos, sin olvidar la situación de las Indias.

El estudio se cierra y se complementa con unas «Reflexiones finales» en las que Ladero nos presenta su visión de Fernando el Católico. El autor analiza en breves páginas la evolución histórica e historiográfica de la imagen del Rey Católico: primero sus coetáneos (Guicciardini y Maquiavelo), después las conclusiones de Jerónimo de Zurita, de los pensadores del Barroco (obviamente Gracián y Saavedra Fajardo), las consideraciones de Ferreras y Feijoo, la visión del primer liberalismo de base doceañista (Martínez Marina), la obra indispensable de Clemencín, los resabios de la historio-

grafía de la «Renaixença» y, en fin, la obra de historiadores como De la Torre y Vicens Vives. Ladero concluye con una afirmación que es fácil suscribir: Fernando el Católico «tuvo una idea clara de España como nación histórica dentro de Europa». También que, a partir de 1517, con una nueva dinastía y sus intereses geoestratégicos anejos, se produjo un cambio profundo respecto de las tesis del propio Fernando y de Cisneros.

En definitiva, la lectura de este estudio de Ladero nos conduce necesariamente a algunas reflexiones de cierto calado y no solamente desde la perspectiva historiográfica. Es un libro de enormes sugerencias en la concepción de España como proyecto histórico. En efecto, el análisis de los últimos años de Fernando el Católico quizá —y en este caso como consideración personal de quien esto reseña— es el relato de una idea de España que a partir de 1516-1518 se tornó en un proyecto imposible. Tanto Fernando el Católico como el cardenal Cisneros —dos colosos de la política y dos verdaderos hombres de Estado— concibieron una España de carácter unitario (con independencia de determinadas peculiaridades territoriales), en un proyecto homologable a las grandes unidades territoriales que en ese momento se estaban edificando en Europa. Esa idea desde 1516-1518 entró en crisis porque prevaleció una nueva concepción política de raíz extraña al programa fernandino y cisneriano, esto es, la propuesta borgoñona y habsbúrgica de una multiplicidad de territorios con identidades propias tan solo vinculadas a una dinastía, en definitiva, a los intereses privativos de una familia. Ello es evidente tras la lectura de un texto (aún poco difundido, pero en mi opinión decisivo para comprender los nuevos vientos de la política española tras 1516) como es el primer discurso de Carlos I en Castilla (el «razonamiento» de la nueva dinastía, siempre en voz del obispo Mota, ante las Cortes de Valladolid de 1518). Pero eso es otra historia.

Estudio, pues, el de Ladero, de lectura obligada para quienes, bien desde la inquietud intelectual, bien desde la exigencia profesional como historiadores, deseen conocer un periodo decisivo de nuestro pasado hasta ahora poco conocido. Es un libro que, además, se lee con facilidad y claridad, quizá porque Ladero sea uno de los historiadores que tienen un conocimiento claro y preciso de este periodo absolutamente decisivo de nuestra historia. Solo se escribe bien, claro y distinto, cuando se conoce bien una materia.

